

LIBROS

Corpus Barga: Escribir la vida

Cuando Corpus Barga inicia la escritura de sus Memorias, ha sobrepasado los setenta años y escribe sobre la atalaya de medio siglo de distancia. Resulta lógico, pues, que en esas Memorias sea difícil discernir entre lo vivido y lo contado. Pero si en los anteriores volúmenes de «Los pasos contados», que nos revelaron a un nuevo narrador a tan insólita edad, esta mezcla no afectaba a la textura literaria de la obra, que, en definitiva, y con palabras del propio autor, se concretaba en las «cristalizaciones irisadas del pasado», reviviendo, y recreando, por tanto, dichos y hechos, en el cuarto y por ahora último volumen de la serie, *Los galgos verdugos* (1), se modifica sustancialmente la técnica, incorporando conscientemente a la «memoria» lo que podríamos llamar «novela» y, es más, la crónica inmediata.

Combinando en la narración tres tiempos distintos con tres distintas maneras de «verlos», Corpus Barga obtiene un abanico casi infinito de efectos que sumergen al lector en una atmósfera desconcertante. Se nos cuenta un viaje a Belalcázar a través de los recuerdos suscitados por un viaje posterior, inmediatamente anterior a la escritura del volumen. Lo que en el primer viaje es decadencia, premonición, en el segundo es ya olvido, historia mínima, agua pasada que difícilmente puede mover molino. El narrador se ve y se cuenta a sí



mismo, desdoblado en el tiempo y en el espacio. Mueve a los personajes del cuadro según le dicta la memoria, y si ésta falla o se diluye a través del tiempo, según la imaginación. Una imaginación y una memoria condicionadas, en todo caso, por el último y desolado viaje, en el que todas las huellas han sido borradas. El narrador no se enfrenta, pues, a un cambio, sino a la desaparición. No puede buscar sobre un cuerpo metamorfoseado los indicios de su antigua presencia: ha de fijar, en un tiempo y un espacio que se convierten en abstractos, una vida desaparecida. No queda siquiera una vieja y amarillenta fotografía, sino tan sólo una lápida, en una tumba, que ni los más viejos del lugar son capaces de descifrar.

Un lugar que desde las primeras líneas de la narración cobra un aspecto irreal que en más de una ocasión nos trae a la memoria el *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. Se trata de un lugar perdido, de un lugar en ruinas, pero, al mismo tiempo, también es algo más, o algo menos, que eso. El viajero, al emprender su viaje, hace algo más que trasladarse de un sitio a otro: se traslada de un

también del lugar perdido. Aunque al final —y con estas mismas palabras termina el relato— la insistencia es en vano: «Habían abandonado el pueblo hasta las huellas».

En la entrevista que le hiciera José Miguel Oviedo en estas mismas páginas (2), Corpus Barga afirmaba no creer en la diferencia entre novelista y memorialista. En el segundo, simplemente, el propio autor es el protagonista de la obra. Pero en las Memorias de Corpus Barga, la cosa no resulta tan simple, ya que el interés de su narración no se basa, como en la mayoría de los memorialistas, ni en la personalidad del propio autor-protagonista (su peripecia vital raramente aparece de forma anecdótica), ni en la importancia histórica o cultural de los acontecimientos vividos y rememorados. Por el contrario, la base de este interés se desplaza, como en las obras de ficción, hacia la bondad del propio texto literario, de la propia narración. Importándole sólo en muy pequeña parte ofrecernos su particular punto de vista sobre determinados acontecimientos, Corpus Barga se concentra en «escribir» la vida —la suya propia, como podría ser la de cualquier otro—, y no en «describirla». El viejo principio stendhaliano de pasear el espejo por el camino para reflejar lo que en éste ocurre, que tan excelentes resultados diera a la novela del XIX, ha sido desechado. La narración, la «memoria», es ahora el propio camino, y no su reflejo. El autor-narrador-protagonista vive así, a través de las páginas de sus

mundo a otro, que él ha conocido en otro tiempo, pero que al llegar —si es que ha llegado—, advierte al punto que ha desaparecido. Entonces trata de reconstruir, desde este presente y desde este mundo, aquel otro mundo en el pasado. Una reconstrucción efectuada a partir del rocío de la madrugada, de los campos, de una vieja estación desierta, de la lápida de una tumba ignorada. Las palabras dichas y los actos hechos necesitan, para resultar creíbles al propio narrador-viajero, de un entorno físico que ya no existe, y que es preciso reconstruir antes que recordar.

«El pueblo de usted, aunque sea imaginario, puede que esté en la guía. Búsquelo usted», le dice alguien al narrador en la estación de partida. Por debajo de las peripecias argumentales del relato late siempre esa búsqueda no sólo del tiempo, sino

obras, una vida cuyo significado y cuya razón sólo será posible hallar en estas mismas páginas. Y la vive con una pasión y una fuerza solamente posibles en quien cree que «escribiendo» la vida puede llegar al propio conocimiento. La obra del memorialista Corpus Barga recoge, en definitiva, todos aquellos conocimientos necesarios para descubrir la propia identidad. Una identidad más profunda y auténtica, claro está, que la de los papeles civiles o los datos materiales. ■ MARTIN VILUMARA.

Manuel Puig otra vez

Había publicado dos novelas, traducidas ya a varios idiomas. La primera —*La traición de Rita Hayworth* (1)— fue considerada por la crítica francesa, reunida por el periódico «Le Monde», entre las cinco mejores novelas extranjeras publicadas entre 1968 y 1969. La segunda vino a corroborar el descubrimiento y a fortalecer su figura dentro de la discutida literatura latinoamericana de diez años acá. *Boquitas pintadas*, folletín (2) confirmaba a un novelista y a una literatura nueva. De antifolletín de alta categoría fue catalogada la obra por el periódico «Imagen», de Venezuela. Y es que si a primera vista parecía un producto literario anacrónico, este carácter desaparecía en cuanto nos adentrábamos en su lectura. Al final nos encontrábamos con una historia provinciana, donde, a través de pro-

cedimientos narrativos diversos (consultas a revistas, agendas, cartas, confesiones, etcétera), se nos iban perfilando unas psicologías con las que no tardamos en identificarnos. La objetividad y la fluidez de la narración nos sumergían en el silenciado ambiente provincial argentino, donde la frustración sucede a los personajes en cada uno de sus actos donde el tiempo transcurre como testigo frío e implacable. De no haber tomado la pluma Manuel Puig, después de haber publicado estas dos novelas, habría pasado a la historia literaria como uno de los más sobresalientes escritores de la América Latina de hoy. Pero no ha sido así, para su suerte y para la nuestra, y en abril del setenta y tres salió su última novela: *The Buenos Aires affair* (3), la que nos ha llevado a ocuparnos de nuevo de este escritor.

En principio, una novedad: de la provincia como escenario se pasa a la capital. Su literatura se «capitaliza». Importante desviación ésta de cara a toda la literatura «posboombista». El carácter capitalino de la producción de hombres como Néstor Sánchez, Salvador Eizondo, José Agustín, Bryce Echenique, González León, etcétera, puede ser considerado como un giro dentro de la literatura latinoamericana que, firme y segura de sus posibilidades, renuncia al paisaje: a selvas y sertaos, a temas histórico-revolucionarios o indigenistas, para, abandonando dichos clichés, reproducir una realidad geográficamente anónima. Y es por esto quizá por lo que la novela ha ido adquiriendo procedimientos narrativos nuevos, pero no por usar gratuitamente técnicas oscurecedoras que la realcen por innovadoras (aunque esto ocurra en algunos casos), sino para que se nos acerque más adecuadamente esa otra nueva realidad que se intenta descubrir.

(1) *La traición de Rita Hayworth*, Seix Barral.
(2) *Boquitas pintadas*, Seix Barral.

(2) TRIUNFO, número 384, 8 diciembre 1973.

(3) *The Buenos Aires affair*, Sudamericana, 1973.

HARO TECLEN, TERESA PAMIES Y OLANO, PREMIOS MUNDO

Nuestro compañero Eduardo Haro Teclen, Teresa Pamies y Antonio D. Olano han resultado ganadores de los premios del grupo Mundo, correspondientes a 1974. El de Ensayo-Mundo, dotado con ciento cincuenta mil pesetas, fue concedido a la obra «Sociedad y terror», de Eduardo Haro. Teresa Pamies, con «Quan erem capitans», ha ganado el Joan Estelrich, para obras en lengua catalana. Y Antonio D. Olano ha obtenido el Manuel del Arco, que se concede a trabajos periodísticos, en este caso, a un conjunto de entrevistas.